



necesidad de comparecer y sufrir el juicio de que hablo (1).»

Todo este diálogo tiene como tres distintas partes. La retórica es el arte de persuadir; pero de persuadir lo justo y lo injusto? Lo justo. Esta es la primera parte, contra Gorgias. ¿Es mejor recibir injusticia que cometerla? ¿Sufrir el castigo que se merece más que sustraerse de él? Sí. Esta es la segunda, contra Polus. Librándose del castigo en esta vida, ¿puede escaparse de él en la otra? No. Esta es la tercera, contra Calicles. De donde resulta, en primer lugar, que la retórica que se limita á sustraer en este mundo al culpable del castigo merecido, no hace más que aumentar su desgracia, y esta es la retórica del enemigo de los hombres! En segundo lugar, que sólo es digna de ser estudiada, alabada, puesta en práctica, aquella que se propone persuadir á los hombres á ser justos, y si han cometido algún mal, ir á acusarse al juez espiritual ó médico del alma, para recibir de él penitencia, remedio y absolución: esta es la retórica de los apóstoles, de los sacerdotes y misioneros católicos. Ellos solos llevan todas las condiciones desenvueltas por Sócrates. Sin duda se convendrá que no era posible á este filósofo imaginarse un conjunto de moral mejor enlazado y más poderoso.

Sócrates no se contentaba con enseñar, daba ejemplo. Nacido con malos pensamientos, supo vencerlos. Su figura no era de las más agradadas: ofrecía el aspecto de un sátiro, de nariz remangada, labios abultados, ojos saltones, cuello grueso y corto. El fisonomista Zopiro, que había examinado sus rasgos, juzgó que tenía las disposiciones más viciosas y un natural indócil. Los discípulos del filósofo, que estaban presentes, se echaron á reír, porque habían notado todo lo opuesto en su conducta. Sócrates les reprendió y confesó que había nacido con las perversas inclinaciones que se le acababan de imputar; pero que se había corregido de ellas por la reflexión y la vigilancia. Su propia casa era para él una diaria escuela de paciencia y de dulzura.

De todos es conocido el fastidioso humor de su mujer. He elegido á Jántipa, decía, para darme hábitos de moderación y de indulgencia, convencido de que viviendo bien con ella, me acostumbraría á soportar á todos los demás hombres y á complacerme en su sociedad (2). Sócrates era pobre; llevaba en invierno y en verano el mismo traje, andaba descalzo, no comía ni bebía sino las cosas más comunes: con todo eso, nunca aceptó estipendio de sus discípulos y rehusó los ofrecimientos de los hombres poderosos; entre otros de Arquelao, rey de Macedonia, que trató de atraerle á su corazón. Llevó las armas, y dió ejemplos de valor y de obediencia en muchas campañas. En el sitio de Fotidea arrancó á Alcibiades de las manos del enemigo, y le cedió el precio del valor que había merecido él mismo; en la desgraciada batalla de Delium, en Beocia, contribuyó, según confesión del general, á salvar los restos delejer-

(1) Plat., *Gorgias*, t. IV, ed. bip., trad. de Cousin, t. III.

(2) Jenof., *Banquete*, cap. II, pár. 10.

cito, y llevó sobre sus hombros al joven Jenofonte, rendido de fatiga y caído del caballo. Su valor civil no era menor. Había sido elegido senador por suerte, cuando el pueblo, amotinado por sus aduladores, quiso, por un juicio ilegal, condenar á muerte á diez generales, amenazando con la misma suerte á los que se oponían.

Ya los demás senadores habían cedido ante el miedo. Sócrates solo, intrépido en medio de los clamores de la multitud, rehusó violar el juramento que había prestado, y persistió en votar conforme á las leyes. En tiempo de la esclavitud de Atenas, cuando todo temblaba ante los treinta tiranos, rehusó con la misma firmeza, á despecho de sus órdenes y de sus amenazas, hacerse cómplice de la injusta muerte de un ciudadano.

Sin embargo, además de la envidia de los sofistas ó traficantes de sabiduría, cuya perniciosa influencia y falso saber trataba con todo ahinco de desenmascarar y arruinar, dos puntos principalmente debían suscitarle enemigos: su doctrina sobre la divinidad, y sus principios en materia de gobierno.

En cuanto al primer punto, Jenofonte asegura que honraba en privado y en público á los dioses de la ciudad, y que cada cual, decía, debía honrarles según las de su patria. Igualmente Platon, en uno de sus diálogos, nos lo muestra volviendo de suplicar á una diosa, cuya fiesta se celebraba en el Pireo. No obstante, según el mismo Jenofonte, lo hemos ya visto, enseñaba que como el alma que dirige el cuerpo es invisible, así lo son los dioses, sobre todo el Dios supremo que ha hecho el cielo y la tierra; no se le ve sino en sus obras. Esto sólo, sin lo que pudiera decir á sus discípulos más adictos en secreto, bastaba para poner en peligro la idolatría vulgar.

Por lo que respecta á la política, es cierto que Sócrates no aprobaba en todo el gobierno de Atenas. Consideraba, por ejemplo, como una extravagancia que se sacase á la suerte los magistrados públicos, mientras que nadie querría un hombre designado de esta manera, ni para piloto, ni para arquitecto, ni para músico, ni para nada semejante, aunque hubiese mucho menos inconveniente en confiar á un hombre tomado al azar la dirección de una nave, que el gobierno de todo un Estado. Jenofonte no niega que Sócrates no se explicase así delante de sus discípulos; dice únicamente que, para la reforma de los abusos, no quería que se emplease violencia alguna, sino únicamente la persuasión (1).

De hecho, el principio fundamental de la política y de la legislación de Sócrates, así como de su moral y de toda su filosofía, es que, en la sociedad como en el individuo, es necesario dar la autoridad y la fuerza á lo que hay más divino, y subordinar á ella lo que hay más animal. Véase el germen de esta doctrina en la *Ciropedia* de Jenofonte (2). Platon la desarrolló en su *República*, cuyas principales ideas, según hemos visto en otra parte,

(1) Jenof., *Mem.*, l. I, c. II.

(2) *Cirop.*, l. VI, c. I; *Discur. de Arasp.*



se encontraban realizadas y aun más en la Iglesia católica.

Veinticuatro años después de la comedia de Aristófanes, Sócrates, que tenía entonces más de setenta, fué acusado ante el tribunal público de Atenas. Los acusadores eran: Anito, que fué mucho tiempo amigo suyo; Melito, poeta; y Licon, orador. La acusación era la misma que en Aristófanes. «Sócrates se hace culpable indagando con una ávida curiosidad lo que pasa bajo la tierra y lo que pasa en el cielo, haciendo buena una mala razón, y enseñando estas cosas á otros. Sócrates se ha hecho culpable corrompiendo la juventud, y no reconociendo los dioses que reconoce la ciudad, é introduciendo otras nuevas divinidades.»

Una causa política empeoró la causa de Sócrates. Acabábase de arrojar á los treinta tiranos, que los espartanos, después de la toma de Atenas, al fin de la guerra del Peloponeso, el año 404 antes de Jesucristo, habían establecido para gobernar la ciudad, y que, en ocho meses, según Jenofonte, hicieron perecer más ciudadanos que habían sido arrebatados en la precedente guerra. Dos antiguos discípulos de Sócrates, Hipias y Caricles, eran del número de estos tiranos. Aunque Sócrates les resistió con valor y no tuvo miedo de compararlos públicamente á malos pastores, que teniendo vacas que guardar las llevarían cada día más secas y en más pequeño número, quedaba siempre una sensible prevención en el ánimo del pueblo después de la reacción democrática. Además, Alcibiades, otro de sus discípulos, era desterrado porque había aspirado á la soberanía de su patria.

Sócrates compareció delante de sus jueces; no dijo ni hizo nada para excitar su compasión, tampoco dijo ni hizo nada para captarse su benevolencia. En su respuesta distinguió á sus acusadores en dos clases: unos le acusan desde hace muchos años; otros muy recientemente. Será de él lo que á Dios pluguiera; pero defenderá su causa por obedecer á la ley.

Se remonta á la calumnia de Aristófanes, protesta de que no se ha ocupado de ciencias secretas como dice la acusación, toma por testigo de ello á los que le han oído: los sofistas son los que se alaban de enseñar estas cosas por dinero. En cuanto á él, lo que le ha valido una reputación de sabiduría, es un oráculo de Delfos que le había declarado el más sabio de los hombres; no porque supiese más que los demás, sino únicamente porque sabía que no sabía nada; mientras que los que sobresalían en las magistraturas, en las ciencias, las letras, las artes, parecían sabios á los ojos de los demás, y sobre todo á sí mismos; pero en el fondo no lo eran, atendiendo á que se imaginaban saberlo todo lo que nada sabían.

Por respeto al oráculo, no había considerado conveniente hacérselo ver. De aquí innumerables enemistades. Los jóvenes que acababan de oírle, seguirán su ejemplo y desenmascararán como él el falso saber. De aquí una conjuración general, que desencadena contra él á Melito por los poetas, á Anito por los artesanos y los hombres de Estado, á Licon por los

oradores. En cuanto á Melito, que le acusa de corromper la juventud, le prueba por sus propias respuestas que no sabe lo que dice. ¿Cómo, pues, la corrompería? ¿Enseñando que no había ninguna divinidad? Sí, respondió Melito. Sócrates le demuestra que su acusación se contradice, puesto que le importa introducir nuevas divinidades. Creía, pues, en alguna divinidad. El verdadero motivo es porque descubriría su ignorancia á los que pretendían saber algo. Si se le absolviera, volvería otra vez á obrar de la misma manera por obedecer al oráculo, aunque tuviera que sufrir mil muertes. Por otra parte, no la teme; no la temió en Potidea, en Amfipolis, en Delium; no la temió cuando sólo resistió como senador á todo el pueblo, cuando sólo se opuso á la orden de los Treinta. Para saber con exactitud si corrompía ó no á la juventud, nada era más fácil: había en la asamblea un gran número de hombres que largo tiempo le habían oído; no había más que preguntarlos á ellos y á sus parientes. En cuanto á sus jueces, creyó más honroso para ellos y para él no tratar de conocerles por el espectáculo de su mujer y de sus hijos; y yo os dejo, concluye, á vosotros y á Dios, el cuidado de tomar respecto de mí la más justa decisión.

Los jueces, que eran en número de quinientos cincuenta y seis, le declararon culpable por una mayoría de tres votos.

Según la jurisprudencia de Atenas, cuando la ley no determinaba la pena, se dejaba al culpable la facultad de indicar él mismo aquella á la cual se condenaba. En vista de su respuesta se emitía opinión segunda vez, y después recibía su último decreto. Sócrates podía hacer cambiar la pena de muerte, propuesta por Melito, en un destierro, en una detención ó en una multa pecuniaria. No queriendo reconocerse culpable tasándose á sí mismo: «Atenienses, dijo: ¿á qué pena me condenaré yo? Debo elegir la que me sea debida; y ¿cuál es la que me corresponde? ¿Qué pena aflictiva ó qué multa merezco yo, que he tenido siempre por principio el no reconocer reposo durante toda mi vida, despreciando lo que los demás buscan con tanto ahinco, las riquezas, el cuidado de los negocios domésticos, los empleos militares, las funciones de orador y todas las demás dignidades; yo, que nunca he tomado parte en ninguna de las conspiraciones y de las cábalas tan frecuentes en la república, encontrándome realmente hombre muy honrado para no perderme tomando parte en todo esto; yo, que dejando á un lado todas las cosas en que no podía ser útil ni á vosotros ni á mí no he querido otra ocupación que la de haceros á cada uno en particular el mayor de todos los servicios, exhortándoos individualmente á todos á no pensar en lo que accidentalmente os pertenece, sino más bien en lo que constituye vuestra esencia y en todo lo que puede haceros virtuosos y sabios; á no pensar en los intereses pasajeros de la patria más bien que en la patria misma y así de todo lo demás? Atenienses, tal ha sido mi conducta, ¿qué es lo que ella merece? Una recompensa, si queréis ser justos, y aun una recompensa que pueda



convenirme. Pues bien, ¿qué es lo que puede convenir á un hombre pobre, vuestro bienhechor, que tiene un momento de descanso para no ocuparse en daros consejos útiles? No hay nada que le convenga más, atenienses, que ser alimentado en el prítaneo, y lo merece mucho mejor que el que, en los juegos olímpicos, ha obtenido el premio en la carrera á caballo, ó en la carrera de los carros de dos ó cuatro caballos, porque este no os hace felices sino en la apariencia; yo os obligo á serlo verdaderamente: este tiene de qué vivir, y yo no tengo nada. Si, pues, tengo necesidad de declarar lo que merezco, en rigor de justicia lo declaro, es el ser alimentado en el prítaneo. Era este un lugar en donde se reunían los principales magistrados llamados pritanos y en el cual eran sostenidos por cuenta del Estado, así los que habían prestado importantes servicios á la patria como los vencedores en los juegos olímpicos. Sócrates acabó, sin embargo, por decir que, si tuviese dinero, se condenaría á una multa tan considerable como pudiera pagarla. Pero no tenía nada. Sin embargo, si quisieran contentarse con lo que me fuera posible pagar, haría un esfuerzo por pagaros una mina de plata (trescientos cuarenta y seis reales de nuestra moneda). Hé aquí el castigo que yo me impongo. Pero, atenienses, ved aquí á Platon, Crístóbulo y Apolodoro; exigen que me condene á pagar treinta minas y quieren servirme de caucion. Yo me resigno; ellos os responderán de la suma, y son responsables abonados.

Después de esta réplica, ochenta de los jueces que habían sido favorables cuando el primer juicio, se adhirieron á las conclusiones de Melito, y fué pronunciada la sentencia de muerte.

Sócrates volvió á tomar la palabra, recordó las esperanzas inmortales de otra vida, y terminó así: «No tengo ningun resentimiento contra mis acusadores, ni contra los que me han condenado, aunque su intencion no haya sido hacerme bien, y aunque hayan tratado de perjudicarme, en lo cual tendría mucha razon para quejarme de ellos. Yo les suplicaré una sola cosa. Cuando mis hijos sean de más edad, si les viereis buscar las riquezas ó cualquiera otra cosa que no sea la virtud, castigadles, atormentádoles como yo os he atormentado; y si se creen algo, aunque no sean nada, hacédles que se sonrojen de su negligencia y de su presuucion; así es como yo me he conducido con ellos. Si hacéis esto, tanto yo como mis hijos, no tendremos más que motivos para alabarnos de vuestra justicia; pero es ya tiempo de que nos separemos, yo para morir, y vosotros para vivir.» ¿Quién de nosotros tiene la mejor parte? Nadie lo sabe, á excepcion de Dios (1).»

Habiendo avanzado hácia él Apolodoro para manifestarle su dolor porque moria inocente: ¿Querrias tú, le replicó sonriendo, que yo muriese culpable? Su semblante, sus palabras, su modo de andar, dirigiéndose á la prision, respiraban la calma; parecia decir: Anito y Meli-

(1) Platon, *Apolog. Socrat.*

to pueden matarme, pero no pueden hacerme mal.

La ejecucion se difirió durante treinta dias. Al dia siguiente del juicio, se hizo á la mar un navio que llevaba las ofrendas de los atenienses para el templo de Apolo en Delos. Estaba prohibido dar muerte antes que este navio regresase. Sócrates continuó, en este intervalo, sus conversaciones acostumbradas con sus discípulos.

La vispera del dia en que se esperaba la vuelta del navio al puerto de partida, Criton, uno de sus discípulos, fué á encontrar á Sócrates muy de mañana para anunciarle esta triste nueva y rogarle encarecidamente saliese de la prision, cuyas puertas le estaban abiertas. Criton le habia preparado este medio de salvacion ganando al carcelero. Le ofreció además una retirada segura en Tesalia. Sócrates le preguntó riendo si conocia un lugar del Atica en donde no se muriese. Criton, desesperado, le hizo saber que si no se aprovechaba de esta ocasion, apareceria como traidor á sí mismo, á sus hijos, á sus amigos. Sócrates le mostró por otro lado la pátria y sus leyes: no habia recibido de ella más que bien; el mal procedia solamente de los hombres. Aun para estos mismos, seria imperdonable devolver mal por mal; respecto de la pátria y sus leyes, ¿cuánto más criminal seria devolver mal por bien? Si ahora, después de fallado el juicio, hiciese á pesar de las leyes lo que antes del juicio podia hacer, según ellas, retirándome á otra parte, ¿no destruiria todo lo que hay en él, así las leyes como la pátria? ¿No daria lugar á deducir que todo cuanto habia filosofado durante setenta años sobre lo justo y lo injusto, no era más que lanzar palabras al aire? ¿No seria vergonzoso obrar de esta suerte á su edad, para vivir unos pocos é inseguros dias? Hé aquí lo que sin cesar oia en el interior de sí mismo, como un eco, de tal manera que no podia oír otra cosa. No encontrando Criton nada que responder, Sócrates concluyó: No habéis más de esto; sino que marchemos por donde Dios nos conduce (1).

Se ve que este Dios es la voz que resonaba en el fondo de su alma, la luz que iluminaba su inteligencia y que le dictaba lo que habia de hacer. Esto es lo que se conoce vulgarmente con el nombre de demonio de Sócrates. La palabra demonio, en griego *daimonion*, no tenia entonces la acepcion exclusiva que ahora tiene. Significaba, con frecuencia, la divinidad en general. Sócrates habla de ella frecuentemente como una especie de director espiritual, llamándola unas veces *daimonion*, otras Dios. Por todas partes parece tomarlo en serio, sobre todo aquí, en donde se refiere para la vida y la muerte. Esto es, sin duda, lo que le hizo ser acusado de introducir nuevas divinidades. Según muchos, Sócrates entendia por ella el Dios verdadero; otros son de distinto parecer. Resta indicar, para concluir, que Sócrates no manifestó en público, de una manera bastante clara, su creencia sobre este punto.

La fatal nave habia llegado. Los once ma-

(1) Plat., *Criton.*



gistrados que tenían la intendencia de las prisiones, anunciaron á Sócrates que debia morir en aquel dia, y le hicieron quitar las cadenas. Muchos de sus discípulos entraron en seguida: encontraron cerca de él á su mujer Jántipa, teniendo en sus brazos al más joven de sus hijos.

Luego que vió á los amigos de su marido, se entregó á las lamentaciones que las mujeres tienen costumbre de hacer en semejantes casos. Sócrates rogó á Criton que la hiciese conducir á su casa. En cuanto á él, habia compuesto en su prision un pequeño poema en honor de Apolo, cuya fiesta retardaba su muerte, y habia puesto en verso algunas fábulas de Esopo: y esto, decia, por obedecer á una voz nocturna. De aquí una conversacion sobre la muerte y la inmortalidad. Nadie debe suicidarse, porque somos de Dios: Él nos ha colocado aquí abajo en un lugar, que no debemos abandonar sino por orden suya. La filosofia no es otra cosa sino el estudio para morir así. La muerte sólo es la separacion del alma de con el cuerpo. El verdadero filósofo desprecia todo lo que concierne á este último, y trata, por todos los medios posibles, desprender de él su alma. El cuerpo es un obstáculo á la sabiduría, el alma no llega á la verdad sino recogiendo en sí misma. Es preciso, pues, ocuparse del cuerpo lo ménos posible, hasta que Dios mismo nos libre de él completamente: este es el único medio de llegar á la verdadera sabiduría, ya en vida, ya después de la muerte. Los que han establecido los misterios no son de despreciar: según ellos, todo el que va á los infiernos sin ser iniciado ni purificado, es sumergido en el cieno; pero el que va allí purificado, habita con los dioses. El número de ellos es muy escaso, según dicen. Estos son, á mi entender, los verdaderos filósofos. Yo he hecho todo lo posible para llegar allí. Si lo he conseguido, lo veremos al instante, si place á Dios que allá lleguemos. El alma se parece completamente á lo que es divino, inmortal, inteligente, uniforme, indisoluble, siempre lo mismo; el cuerpo se parece, por el contrario, á lo que es humano, mortal, no inteligible, multiforme, disoluble, nunca el mismo. El alma, pues, si sale pura, sin arastrar nada del cuerpo con ella, como el que durante la vida no ha tenido con el cuerpo ninguna comunicacion voluntaria, sino que ha huído de él por el contrario y se ha recogido en sí misma, haciendo de esta ocupacion su único cuidado: esta alma, inmaterial como es, va á otro lugar semejante á ella, excelente, puro, inmaterial, cerca de un Dios bueno y sabio, adonde inmediatamente, si á Dios le place, mi alma debe tambien dirigirse: allí este alma es dichosa, libre del error, de las locuras, de los temores, de los desarreglados amores y de todos los demás males de los humanos; y, como se dice de los iniciados, pasa verdaderamente á la eternidad con los dioses.

Habiendo objetado uno de los asistentes que si el alma es una armonia, como algunos dicen, se sigue de aquí que perece con los órganos corporales de los que es producida, Sócrates responde que esta comparacion no es

exacta; el alma no es una simple armonia del cuerpo, puesto que frecuentemente está en oposicion con el cuerpo que domina; que, cuando quiere, le impide beber aun cuando se abrase de sed, de comer aun cuando sea devorado por el hambre. Cuando, pues, llega la muerte, lo que hay de mortal se muere; pero lo que hay de inmortal se aparta de él salvo é incorruptible, y se sustrae á la muerte. El alma es, pues, inmortal é imperecedera, y nuestras almas subsistirán en otra vida. Es, pues, un terrible riesgo el no tener cuidado de ella. Porque si la muerte fuera la disolucion de todo, el provecho seria para los malos. Pero puesto que el alma parece una cosa inmortal, no hay más que un medio de escapar de los males; este medio consiste en hacerla todo lo mejor que sea posible. Porque ella lleva á la otra vida la educacion que ha recibido, la cual, se dice, desde el momento de su tránsito, le hace mucho bien ó mucho mal. Porque se dice, desde que alguno muere, el genio que habia tenido por guardian durante su vida, le conduce á un lugar en donde todos deben reunirse y ser juzgados. Los que son encontrados deben haber vivido de manera que no son ni enteramente criminales, ni completamente inocentes, y los que han cometido faltas expiables, aunque muy grandes, y se han arrepentido de ellas toda su vida, sufren la pena correspondiente á sus faltas, son librados más pronto ó más tarde, según la indulgencia de los que han ofendido, y reciben, en fin, la recompensa de sus buenas obras, cada cual según merece. Los que son encontrados incurables, á causa de la enormidad de sus crímenes, el equitativo destino les precipita en el Tártaro, de donde no salen jamás. Pero los que son reconocidos por haber pasado su vida en la santidad, estos son librados de estos lugares terrestres como de una prision, y se van á lo alto en la morada pura encima de la tierra. El que tiene cuidado por su alma, el que, durante su vida, ha rechazado los placeres y los bienes del cuerpo, como siéndole extraños y por tanto perniciosos; el que ha amado los placeres de la ciencia, el que ha adornado su alma, no con un vestido extraño, sino con el que le es propio, como la templanza, la justicia, la fuerza, la libertad, la verdad, debe esperar tranquilamente la hora de su partida para el otro mundo, como estando dispuesto para el viaje en el momento en que el destino le llamare (1).

Esto es lo que nos ha parecido lo más notable en lo que Platon hace decir á Sócrates sobre la inmortalidad del alma. Se ve la expresa creencia en el paraíso, en el infierno y en el purgatorio. En la descripcion que hace del infierno, hay detalles poéticos. Además añade: «Sostener que todas estas cosas son precisamente como yo las he escrito, no conviene á un hombre de sentido; pero que todo lo que os he contado de las almas y de sus moradas, ya como os lo he dicho, ya de una manera aproximada, siendo el alma inmortal, como parece, pienso que se puede asegurar

(1) Plat., *Phaedo*, t. I, ed. bip.



convenientemente y que la cosa vale la pena de que se corra el azar de crearlo, es una esperanza de que hay que encantarse á sí mismo: hé aquí por qué prolongo tanto tiempo este discurso.» Lo restante del diálogo está entremezclado de sutiles razonamientos, que no es siempre fácil seguir. Y despues de haberle leído todo, no se puede ménos de aplaudir, á la observacion de uno de los interlocutores, que era necesario, entre todos los razonamientos humanos, elegir el que es mejor y admitir el que ofrece ménos dificultades, y, embarcándose en él como en una barquilla más ó ménos segura, atravesar así la vida, á ménos que no se pueda encontrar para este viaje una nave más sólida, de otra manera, una palabra divina. Esta última palabra es digna de llamar la atención (1).

Cuando Sócrates acabó de hablar: «¿No tendrías que prescribirnos nada respecto de tus hijos y de tus negocios? le preguntó Criton.—Lo que siempre os he recomendado, nada más, respondió Sócrates: tened cuidado de vosotros; así me prestareis un servicio, á mí, á mi familia, á vosotros mismos, aunque nada me prometáis ahora; si en lugar de esto os despreciáis á vosotros mismos y si no quereis seguir por el camino que acabamos de decir, lo que habíamos dicho hace largo tiempo y me hicieris hoy las más vivas promesas, todo esto no serviría gran cosa.» Pasó despues á una habitación próxima para tomar en ella un baño, á fin de evitar á las mujeres el trabajo de lavar su cadáver. Despues que salió de allí se le presentó á sus hijos, dos de ellos de corta edad, Sofronisco y Meneseno, y uno que era ya bastante crecido, Lamprocles; hizose tambien entrar á las mujeres de su familia. Cuando volvió á entrar en la sala y se hubo sentado en su lecho, el criado de los once, aproximándose á él: «Sócrates, dijo, yo espero que no tendré necesidad de dirigirte la misma acusacion que á los demás: desde que vengo á avisarles por orden de los magistrados, que es necesario beber el veneno, se dirigen contra mí y me maldicen; pero en cuanto á tí, siempre te he encontrado el más valeroso, el más dulce y el mejor de los que han venido á esta prision, y en este momento estoy bien seguro que tú no estás incomodado conmigo, sino con aquellos que son la causa de tu desgracia y á quienes conoces muy bien. Ahora tú sabes lo que acabo de anunciarte; adios, procura sufrir con resignacion lo que es inevitable.» Y al mismo tiempo se volvió hácia él deshecho en lágrimas, y se retiró. Sócrates, mirándole, le dijo: «Y tú tambien recibe mi cariñoso adios; haré lo que me mandas.» Y volviéndose á sus discípulos: «Ved, les dijo, qué bueno es este hombre; todo el tiempo que llevo aquí me ha venido á ver con frecuencia y ha pasado muchos ratos conmigo en conversacion; es el mejor de los hombres, ¡y ahora me llora de corazon! mas vayamos, obedezcámosle por grado y que alguno se digne traerme el veneno si está ya molido, y si no lo estuviera que lo muele él

(1) Plat., *Phaed.*, t. I, pág. 194, ed. bip.

mismo.» Luego que estuvo dispuesto, Sócrates tomó la copa sin inmutarse lo más mínimo, sin mudar de color ni de semblante; pero mirando con ojo sereno y penetrante, como de ordinario, al hombre que se lo había llevado: «¿Me será permitido, le preguntó, derramar un frasco de esta bebida para hacer con ella una libacion?—Sócrates, respondió este hombre, no se muele más que lo necesario para beber.—Entiendo, dijo Sócrates; pero al ménos séame permitido ofrecer mis oraciones á los dioses para que bendigan mi viaje y le hagan dichoso, que es lo que yo les pido. Despues que hubo pronunciado estas palabras tomó la copa y se la llevó á los labios, bebiéndola con una serenidad y calma admirables.

Entonces, las personas que allí estaban presentes demostraron el más profundo dolor, y Sócrates, que se estaba paseando, exclamó diciendo: «¿Qué haceis ahí, mis buenos amigos? Para evitar tristes escenas, habeis visto y echado fuera á las mujeres. Mostraos, pues, vosotros más serenos, y dad pruebas de más valor. Sintiendo Sócrates que sus piernas se iban haciendo ya muy pesadas, se echó de espaldas. El hombre que le había servido el veneno advirtió á los amigos de Sócrates que su maestro les abandonaría tan pronto como el frio se llegara á apoderar de su corazon. Ya comenzaba á quedarse frio por el vientre, cuando descubriéndose, pues estaba tapado, dijo á Criton y estas fueron sus últimas palabras: Debemos un gallo á Esculapio; no te olvides de pagar esta deuda.—Así se hará, le contestó Criton. Y ahora mira á ver si tienes algo más que decirme.—Ya no, le respondió Sócrates. Y poco tiempo despues hizo un movimiento convulsivo; entonces Criton le descubrió del todo: sus miradas estaban fijas. Criton le cerró la boca y los ojos.

Las últimas palabras de Sócrates fueron diversamente interpretadas, ó bien como irónicas, ó bien como serias. Esculapio pasaba por el dios de la medicina, se le ofrecia un gallo cuando uno libraba de una enfermedad. Como Sócrates iba á curar los males de la vida actual, hace alusion á este uso. ¿Seria esta una costumbre que se tomara por lo serio, ó más bien como una especie de broma? Sensible es que haya en esto tanta duda.

Un padre de la Iglesia, el filósofo y mártir San Agustin, cuenta á Sócrates con Heráclito en el número de los cristianos primitivos, y así como Abraham, Ananias, Azarias y Misael confesaron al Dios verdadero. Pero cuando se considera todo lo que hay de ambiguo en su conducta sobre este artículo principal, difícil es no poder colocar á este hombre entre aquellos que habiendo conocido á Dios no le glorificaron como á tal. ¡Cuán diferente no es la conducta de Daniel y de sus compañeros en Babilonia! Ellos eran tambien sábios y filósofos. Pero no retenian la verdad cautiva; la publicaban delante de los reyes y delante del pueblo. Cuando estaban para ser arrojados al horno ó á la fosa de los leones, no tergiversan nada; dicen claramente que ellos adoran ó no adoran. Nuestro Dios, á quien adoramos, dicen los tres compañeros, puede librarnos del voraz



incendio del horno y tambien de tus manos, oh rey. Sabed, oh rey, que nosotros no servimos á vuestros dioses, ni adoramos la estatua de oro que habeis erigido (1).—Yo no adoro los ídolos hechos por la mano del hombre, dijo Daniel tambien al sucesor de Nabucodonosor, sino al Dios vivo que ha creado el cielo y la tierra y que tiene poder sobre toda la carne (2).

Pero, ¿qué necesidad tenemos de buscar comparaciones en Babilonia? A la misma Atenas llegará un filósofo, disputará con Sócrates, con aquellos que se hallen en las plazas públicas, como Sócrates, trabajará por hacer mejores á los hombres; pero más atrevido que Sócrates, no se limitará á Atenas; el universo será su escuela, el género humano sus discípulos. Como Sócrates, será acusado de introducir nuevas divinidades y llevado al Areópago. Despues de haber oído al más sábio de los filósofos, oigamos al apóstol de pie en el Areópago: Atenienses, dice San Pablo, os considero en todo como más religiosos que los demás. Pues al pasar he visto los objetos que adorais y hasta he visto un altar en el que habia escrito: «Al Dios desconocido.» Al que vosotros adorais sin conocerle es al que yo os anuncio.

Este Dios, que ha hecho el mundo y todo cuanto hay en él, es el Señor de cielo y tierra, y no habita en las tinieblas que los hombres han hecho. No es adorado por el hombre porque de él necesite nada; Él, que da todo á todos, la vida y la respiracion. Ha hecho nacer de una misma sangre toda la raza de los hombres para que habite toda la superficie de la tierra, determinando el tiempo de duracion y los límites de su morada para que busquen al Señor y se esfuercen por buscarle, aunque no está lejos de nosotros, porque en Él es en quien todos vivimos, en quien nos movemos y en quien somos; y como algunos de vuestros poetas han dicho, somos de su linaje. Puesto que somos del linaje de Dios, no debemos creer que la divinidad sea semejante al oro, á la plata ó á las piedras, á quienes la mano del hombre ha dado una forma. Pero Dios, mirando por encima estos tiempos de ignorancia, anuncia ahora á todos los hombres que hagan penitencia, porque ha establecido un juez que ha de juzgar al mundo, segun su justicia, en aquel que ha destinado á este efecto, dando de Él fe á todos, y resucitándole de entre los muertos (3). Tal fué la defensa de San Pablo. Ya se ve, ni disimula lo que enseña, ni ofende á los jueces con palabras arrogantes, y uno de ellos se hace su discípulo.

San Pablo venia de Efeso y de Mileto, patrias de Heráclito y de Tales; pero lo que estos no se atrevieron á hacer, lo hace él. Ha enseñado la sabiduría, no á algunos discípulos escogidos, sino á millares de hombres, mujeres y niños, que hacen profesion de sus doctrinas.

Viene de la Macedonia y de la Tracia. Lo que la fábula atribuye á Orfeo ha hecho él, no por la dulzura de su cántico, sino por la predicacion ruda y austera. Ha formado poblaciones de

(1) Dan., 3, 17.
(2) Dan., 14, 4.
(3) Acta Apost., 17.

sábios en Filipo y en Tesalónica. Irá de la curiosa Atenas á la voluptuosa Corinto. Los siete sábios de la Grecia habian allí filosofado en otro tiempo en casa de Periandro, uno de ellos; Periandro era el maestro absoluto de la ciudad; nada les faltaba para hacer de ella una ciudad de sábios. Su reunion no produjo más de lo que produce la reunion para un banquete; Periandro fué el tirano de Corinto, y Corinto la más corrompida de las ciudades. San Pablo fundará allí él solo una sociedad de castos esposos, de vírgenes puras, de hombres piadosos, que hará que se convierta toda la ciudad. Irá de Corinto á Roma; en Roma, donde Ciceron predicó la sabiduría tan vana como elocuentemente; en Roma, donde el maestro de Neron, el filósofo Séneca, combina antítesis sobre la moral, el desinterés, la generosidad, mientras que arruina á las provincias con sus usuras. Él fundará por todo el universo, con la cooperacion de otro, una sociedad más perfecta, que ni siquiera pudieron soñar ni Sócrates ni Platon.

Y estos dos bárbaros son, además de judíos, discípulos de un judío crucificado que no les dió lecciones más que por espacio de tres años. Este judío crucificado se llama Cristo. Y ya hace diez y nueve siglos que el mundo se hizo cristiano. Y estos dos discípulos, que fundaron su imperio en Roma, son honrados é invocados por toda la redondez de la tierra ya hace diez y ocho siglos con los nombres de San Pedro y San Pablo. Y hace el mismo tiempo que su Maestro, crucificado, es adorado por toda la tierra como el Dios del universo, por quien todo fué creado, como la antorcha que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo; como el camino de la verdad y de la vida; como la sabiduría primordial, por quien todos se hacen sábios, como la razon soberana, por quienes se hacen razonables.

Sócrates fué el más sábio de toda la Grecia; Pedro y Pablo son los jefes de los apóstoles; en Sócrates se ve todo lo que puede el hombre; en Pedro y en Pablo se ve todo lo que puede Dios. Por una parte, algunos discípulos que disertan sobre la sabiduría, y hé aquí todo; por otra, el mundo entero iluminado con la sabiduría, que apenas podia imaginarse Sócrates.

La muerte injusta de Sócrates no perjudicó á la filosofía griega; la imprimió, por el contrario, algo de noble. La misma Atenas la celebró bien pronto; Melito, el principal acusador, fué condenado á muerte, y los demás al destierro. Esta filosofía, además, no fué del todo abandonada. Sócrates tuvo por discípulo á Platon; Platon tuvo por discípulo á Aristóteles; Aristóteles tuvo por discípulo á Alejandro el Grande, que no deseaba ménos ser distinguido en las ciencias que todos los demás. Gloria, genio, saber, elocuencia, poder, todo fué concedido á la sabiduría humana. Lo que ella no hizo, no lo puede hacer.

Platon nació el año 430 antes de Jesucristo. Esdras y Nehemias gobernaban la Judea. Ester y Mardoqueo vivian probablemente en aquel tiempo. Descendia del fenicio Cadmo por su padre, y de un hermano de Solon por su madre. Su talento superaba á su origen, y su educacion